

CAPÍTULO V.

El resto de la noche se pasó á bordo de las tres carabelas en sentimientos fáciles de imaginar. Es creible que nadie dormiría: muchos conocían aquella dulce fiebre de la llegada á país nuevo, despues de una larga y peligrosa travesía. Aquí solamente para las tres cuartas partes de los compañeros del Almirante era ni más ni ménos lo que sería para nosotros un anclaje nocturno en pleno archipiélago de la vida láctea.

Los buques, por prudencia, se mantenían al paio. Cada uno preparaba su traje de gala. Sacábanse de los cofres los uniformes mucho más brillantes que los nuestros; las armas acicaladas, ménos por precaucion que por pasar tiempo. Disponíanse los buques en estado de defensa con viveza, con alegría, y desafiando los peligros que la disciplina mandaba prever. ¿Podían acaso temer de los hombres, los vencedores de los elementos y del infierno? Aquellos mismos marinos que unos terrores imaginarios les habrían inducido por poco al crimen, al parricidio, habrían ahora acometido al Gran Kan y á todos sus ejércitos, á una señal de su Almirante. Mateos no cesaba en elogios á este último, y todos los marineros formaban coro con él. La realidad no tenía nada para amedrentar á aquellos hombres, mandados por semejante jefe, cuando poco ántes temblaban de piés á cabeza delante de fantasmas.

Vaya esto dicho en descargo de aquellos bravos marinos, — exceptuado Mateos, — que no debe juzgarse ni por la medida de su jefe, ni segun nuestras ideas. Pertenecían á su época, y las debilidades de su valor tienen por disculpa supersticiones, y sobre todo quimeras cosmográficas que gozaban crédito entre hombres sabios del siglo décimo quinto. Á ménos de igualarle, ¿cómo habrían ellos creído en el genio de Colon, miéntras le faltaba la aureola del buen éxito, único que legitima á la vista de la muchedumbre las realezas de derecho ó de hecho?

No neguemos pues á sus faltas una amnistia que la magnanimidad de su jefe perdonó con su silencio, sin esperar su arrepentimiento.

Sólo Cristóbal Colon entre todos ellos no había cambiado, y esto fué lo que más les sorprendió en aquella memorable noche. Es indudable que sería inmensa su alegría, pero no se mezclaba en ella ninguna sorpresa, como tampoco el sentimiento mezquino de la conservacion personal. Semejante, ó más bien igual á sí mismo, en el triunfo y en la tribulacion, sus compañeros amotinados le habían encontrado tranquilo y sereno; arrepentidos y sumisos, le encontraban tranquilo, radiante, paternal.

Al amanecer púsose la escuadra en movimiento. Impelida por una ligera brisa, deslizábase sobre unas aguas tan transparentes, que permitian ver un fondo de rocas, cuyo roce se pudo evitar fácilmente. El Almirante mandó tomar la direccion de una rada, ó mejor dicho de una playa débilmente arqueada que ofrecia en seguida una recalada ménos sospechosa, y no tardó en reconocer una isla de poca extension, pero de tal manera plana y estrecha, que una vista penetrante como la suya podía abarcar casi toda su extension á lo ancho.

En aquella hora poco adelantada del día se presentaron con ménos prontitud los detalles. Un ligero vapor hacia desaparecer los colores de los objetos y debilitaba sus contornos; inmensas praderas húmedas y que centelleaban por efecto del rocío, servían como de orla á un lago matizado de azul y rosa, charcos de agua nacarados reflejaban al traves de aquel velo, desgarrado acá y acullá por flechas de oro. La sombra y la luz confundían aquí sus misterios, su poesía, dando al conjunto aquel de contrastes armoniosos una suavidad inefable, un aspecto tierno, feliz, paradísico. Los corazones más duros se abrían como flores al contemplarlo.

¡Y aún no había salido el sol! ¿qué iba á ser el día precedido de una aurora como aquella?

Levantóse finalmente aquel Titan sublime y estúpido; inundó con su luz inconsciente aquella mitad del mundo donde era todavía adorado como un dios, y donde el signo de la salvacion, el sol del Verbo, aquella luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, iba muy luégo á derribar sus altares humeantes y tintos en sangre humana.

De pronto, no pareció iluminar más que una soledad. Praderas, lagunas sembradas de islotes de arena, grandes bosques de árboles de buen medro, pero nada de animales domésticos ó salvajes, nada de habitaciones humanas, y ningun vestigio ya de cultivo, ya de industria.

Muy luégo, sin embargo, acercándose más, se distinguieron algunos habitantes enteramente desnudos que, al ver los buques, se retiraron sin mucha precipitacion á las malezas.



DESEMBARCO DE CRISTÓBAL COLÓN EN EL SALVADOR

